VIII Encuentro de Investigación en Humanidades “Ficción, agencia, futuro”
Organizado por el Grupo de Investigación en Filosofía de la Historia, Epistemología y Semiotica (UNMdP), el Grupo Ars Trópica (UBA) y el proyecto de investigación “Experiencia estética y acción moralmente significativa: afectos, cognición y convicciones” (UNCOMA).
26 y 27 de noviembre de 2026
Modalidad híbrida

Título del trabajo: ***Que tu voz tape este estruendo*** **o de cómo imaginar un futuro a pesar del ruido**

Dra. Mariana Castillo Merlo
IPEHCS-UNCO-CONICET
marianacastillomerlo@yahoo.com.ar

Si se callase el ruido
Quizá podríamos hablar
Y soplar sobre las heridas
Quizás entenderías
Que nos queda la esperanza..

Encontrar un sentido a la propia vida, a la historia compartida y a la ridícula sucesión de días y noches ha sido desde siempre una faena humana. Estamos, una vez más, en un momento de la historia en el que encontrar sentidos puede resultar más difícil que nunca. El futuro parece oscilar entre las promesas tecnológicas más liberadoras y los escenarios más distópicos. Sin embargo, y quizás por ubicarnos en este punto de inflexión, resulta especialmente necesario hablar *humanamente* del sentido de un final que guie nuestra existencia y permita imaginarnos y proyectar futuros posibles.

En este trabajo, el objetivo será responder a la pregunta de cómo recuperar dicha posibilidad a partir de algunas herramientas teóricas presentes en la filosofía de Paul Ricœur. Para ello, me serviré de dos textos: el “Posfacio a *Tiempo de la responsabilidad*” [*Postface au Temps de la responsabilité*], escrito en 1991, y la conferencia “Poder, fragilidad y responsabilidad”, pronunciada en 1993 [edición castellana de 1997]. A partir de ellos pretendo examinar cómo el avance tecnológico genera una mutación cualitativa del obrar humano y cómo ello exige pensar en la construcción de una idea de responsabilidad más atenta a la complejidad de nuestros tiempos.

I. *Ya nada es lo que era* o de la mutación cualitativa de la agencia humana

El avance y desarrollo de la Inteligencia Artificial en todos los ámbitos de nuestras vidas genera interrogantes y problemas que hasta hace poco resultaban distópicos. Su despliegue efectivo abre interrogantes que cuestionan los cimientos mismos de aquello que nos hace verdaderamente humanos. En este contexto, la pregunta que me interesa recuperar es la pregunta moral por la *responsabilidad*, termino complejo que se define por su relación con la capacidad y la imputación. Si desde el primer polo, la capacidad introduce la iniciativa y la intervención de un agente en el curso de acontecimientos del mundo (su potencialidad de *hacer*); el polo de la imputabilidad supone la atribución (o adscripción) de una acción a alguien como su autor (y de allí su obligación de reparar los daños producidos). A mayor capacidad de acción, mayor generación de riesgos y, por ende, mayor responsabilidad.

En la conferencia dictada al momento de recibir el doctorado honoris causa de la Universidad Complutense de Madrid en 1993 (1997), bajo el título "Poder, fragilidad y responsabilidad", Ricoeur propone emparejar la responsabilidad con una fragilidad que no se agota en nuestra finitud original -o en la debilidad ante la enfermedad y la muerte-, sino que surge de lo que los seres humanos añaden con su acción: "el caso es que allí donde la intervención del hombre crea poder, crea también nuevas formas de fragilidad y, por consiguiente, de responsabilidad" (1997, 75).

Cada ampliación técnica de nuestra potencia abre nuevas superficies de fragilidad ante las cuales los esquemas categoriales tradicionales, las etiquetas que nos permiten organizar el mundo, resultan insuficientes. En el caso de la inteligencia artificial, está claro que no se trata de un avance tecnológico más, sino de una *revolución* que algunos equiparan a la invención de la imprenta, la revolución industrial o la llegada de la electricidad o internet. A diferencia de las innovaciones anteriores que democratizaron el conocimiento, reemplazaron el esfuerzo físico, se expandieron masivamente o permitieron la conexión y el flujo de datos, la IA está transformando el trabajo intelectual y creativo, redefiniendo todos los ámbitos humanos a una velocidad sin precedentes, poniendo en cuestión las capacidades y propiedades humanas y abriendo debates éticos y políticos sobre nuestro futuro.[1]

[1] En *El desierto de nosotros mismos* (2026, 16), Eric Sadin llama la atención sobre este fenómeno al advertir que" El 30 de noviembre de 2022, cuando se lanzó ChatGPT, se franqueó un umbral inédito en la historia de la humanidad: *el giro intelectual y creativo de la tecnología*. Para entender su alcance, es conveniente usar una fórmula literal: a partir de ahora existen sistemas que tienen la capacidad de tomar a su cargo tareas que hasta hoy movilizaban nuestras facultades intelectuales y creativas. Se produjo así un movimiento de

Para entender por qué la inteligencia artificial no es un instrumento tecnológico más, recurriré al Postfacio que Ricœur escribió en 1991 para *Temps de la responsabilité: entretiens sur l'éthique*, volumen coordinado por Frédéric Lenoir y publicado por la editorial Fayard [reeditado por Pluriel en 2013]. El libro compila entrevistas con científicos, economistas, periodistas, políticos y filósofos que exploran y subrayan la urgencia de una auténtica reflexión ética en ámbitos tan diversos como el medio ambiente, las ciencias de la vida, los intercambios económicos, la empresa, los medios de comunicación y la política. Asimismo, se abordan cuestiones sumamente controvertidas, como el fundamento de la ética y la manera de gestionar democráticamente -en una sociedad pluralista- la búsqueda de una justificación última para la ética. El escrito elaborado por Ricoeur para la ocasión muestra de qué manera los avances técnicos acumulados producen una mutación cualitativa de la agencia humana (*agir humain*).

Ricoeur comienza por examinar el problema ambiental. La pregunta inicial es qué tienen en común fenómenos como el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono, la deforestación, los residuos nucleares, la desaparición de especies y otros similares. Su respuesta es que, por primera vez en la historia, el impacto de la acción humana tiene efectos dañinos a una escala cósmica, a una escala espacial y temporal ilimitada.[2] A diferencia de lo que ocurría antaño, hoy la relación entre la acción humana y el mundo habitable cambió de signo: la naturaleza está completamente amenazada y depende de la custodia humana. Lo que antes parecía necesidad o destino se revela como efecto -incluso no intencional- de la intervención humana y exige redefinir la responsabilidad.

Ricœur identifica esa misma mutación en cuatro dominios que anticipan nuestras mismas encrucijadas ante la inteligencia artificial: el de las ciencias de la vida, el del desarrollo económico, el de la invasión tecnológica y comunicacional y el de la vida política y democrática. Sobre el primero, advierte de que manera la denominada "revolución biológica", que se identifica con los cambios producidos por los avances tecnológicos en el campo de la reproducción, la genética y la salud, supone una modificación del alcance espacial y temporal de la agencia humana. Al modificar a la humanidad como especie, en el corto, mediano y largo plazo, todos los cambios

externalización de nuestras más fundamentales aptitudes, *entre ellas, antes que nada, las de expresarnos en nuestro propio nombre"*.

[2] Los fenómenos pueden incluirse en las actuales categorías de antropoceno o capitaloceno, que no son propios del vocabulario ricoeuriano, pero que describen su preocupación.

acumulativos e irreversibles impactan e interfieren en las experiencias inmemoriales de "pasividad" (vinculadas al nacimiento, la herencia y la formación del carácter). Lo que se ve afectado, afirma Ricoeur, "es el fundamento mismo de la identidad personal (1991, 3). Una vez más, este cambio cualitativo en la acción humana corresponde a una demanda de regulación ética proporcional al alcance y la magnitud de las intervenciones en cuestión. Y esta demanda de regulación se convierte inmediatamente en una demanda de redefinición de la responsabilidad.

El segundo dominio refiere al desarrollo que enlaza el destino del Norte y del Sur y que está marcado por la volatilidad de los intercambios -de mercancías, técnicas, empresas, ideas e información- y por el individualismo.[3] Ricoeur se refiere a lo problemático que resulta pensar la lógica de dicho desarrollo, ya que, además de impactar profundamente en el obrar humano, también supone una incertidumbre sobre las condiciones que genera, su sentido y su finalidad. Mientras que la antigua noción de "progreso" implicaba un horizonte que garantizaba la proyección de un futuro, la idea de "desarrollo" deviene problemática y el futuro se vuelve distópico. Asimismo, en nombre de este desarrollo se ponen en juego valores que no se acumulan ni se reducen a mercancías, planteando un problema de justicia distributiva a escala planetaria. Este nuevo aspecto de la lógica de la incertidumbre introduce el cuestionamiento ético que descubre una nueva zona de responsabilidad: "cuando se olvidan los fines humanos y solo se tiene en cuenta la maximización de los medios, el desarrollo resulta ser un mal desarrollo" (*maldéveloppement,* 1991, 4).

El tercer dominio se vincula a la comunicación y a los medios. El cada vez más peligroso poder de los medios (la "mediocracia") introduce el monopolio de la imagen, la segmentación de la información y la búsqueda del sensacionalismo y el impacto emocional como rasgos de la omnipotencia comunicacional.[4] Aquí también, afirma Ricoeur, "el reconocimiento de un mayor poder exige una reflexión ética adecuada sobre lo que debería constituir una verdadera información" (1991, 4).

El ultimo dominio se vincula a la vida política y democrática. Paradójicamente, advierte Ricoeur, la mayor demanda ética coincide con una crisis de la democracia

[3] En el texto citado de 1993, Ricoeur refiere también al desorden de la economía mundial, a lo problemático de las relaciones entre Norte y el Sur. La novedad, afirma allí, es que ahora existe un "sistema planetario de intercambios", que establece una discordancia entre necesidades reales insolubles y necesidades con posible solución (1997, 76).

[4] En la actualidad, estos fenómenos se manifiestan a través de las *fake news*, la espectacularización de la información y una economía de la atención donde los algoritmos potencian el impacto emocional para maximizar las interacciones y la rentabilidad.

representativa. El declive de las ideologías, la participación insuficiente de la ciudadanía en la vida pública, los consensos débiles, el auge del individualismo son signos de dicha crisis.[5] A diferencia de regímenes que fundan su autoridad en entidades preexistentes o superiores, la democracia está siempre en proceso de fundamentación constante. La democracia "es un régimen en el cual el proceso de su propia legitimación está siempre en curso y, a la vez, en crisis" (1991, 4). Esta crisis condiciona y repercute en todos los ámbitos de la vida social, ya que en la esfera política convergen los problemas de todos los demás sectores.

Si las mutaciones de la acción humana en cada uno de los ámbitos mencionados develan nuevos ámbitos de responsabilidad, la crisis política y democrática no es un dato menor. Para volverse efectivas, las decisiones éticas requieren de la fuerza pública y la voluntad política que se traducen en legislación adecuada, en financiamiento de la investigación, en la corrección de los efectos nocivos de la tecnología en el medio ambiente o en la orientación del desarrollo hacia un modelo más justo. La pregunta frente al escenario actual es a quiénes y de qué manera interpelar como responsables cuando somos "nosotros mismos" quienes nos deshacemos de nuestra propia capacidad de agencia individual y colectiva.

II. *Escucha la llamada* o de cómo pensar la responsabilidad como misión confiada

En el lenguaje jurídico y cotidiano suele imponerse lo que Ricoeur denomina una concepción "mínima" de la responsabilidad, reducida a la imputabilidad.[6] Aunque esta definición clásica es útil, resulta insuficiente porque limita su alcance a una lógica reparatoria: se trata de identificar retrospectivamente al autor de un daño para obligarlo a justificar su conducta y pagar el costo de los perjuicios. Ello permite retomar, mediante la memoria, el curso de nuestros actos y agruparlos en torno a ese polo identitario que denominamos "nosotros mismos" para hacernos efectivamente responsables. Sin embargo, ese modo de juzgar la responsabilidad no parece estar a la altura de los problemas que se abren por la mutación de la acción humanan en la era de la tecnología.

[5] En trabajos anteriores examiné de qué manera la noción de 'crisis' aparece como una constante en nuestro presente histórico y las consecuencias de este vocabulario para referirnos a lo que sucede. Castillo Merlo, 2024 y 2025.

[6] Esto forma parte del trabajo de Ricoeur sobre "El concepto de responsabilidad. Ensayo de un análisis semántico".

Para hacer de la responsabilidad una herramienta más fecunda, Ricoeur propone introducir una fisura en la noción tradicional. De esta manera, añade dos rasgos que permiten pensar la responsabilidad como una "misión confiada" (*mission confié*), una tarea que debe llevarse a cabo conforme a determinadas reglas y la muestra, no como imputación, sino como una carga que se asume (1991,7). La responsabilidad aparece como contracara de la propia acción, como un sentimiento que

> nos conmueve, nos afecta, en el plano de un temple de ánimo fundamental -de una *Stimmung*-, la llamada nos llega precisamente de lo frágil, que nos requiere y nos ordena acudir en su ayuda, mejor aún, nos ordena que lo dejemos crecer, que permitamos su realización y desarrollo (1997, 76).

Siguiendo el imperativo de la responsabilidad de Hans Jonas, Ricoeur introduce, por un lado, el acento puesto en el futuro y, por otro, la primacía del otro respecto de nosotros mismos. El giro hacia el futuro transforma la pregunta normativa: ya no indaga solo quién causó un daño ayer, sino qué haremos con aquello que hoy es frágil y perecedero. Se trata de obrar de manera tal que exista todavía una humanidad después de nosotros y, durante el mayor tiempo posible, haciéndonos responsables del porvenir, incluso cuando ello no permita reciprocidad, pues nunca conoceremos a nuestros descendientes.[7]

Este desplazamiento rompe con el mito del progreso ilimitado y sitúa en el centro de la ética a la mesura, a la contención e incluso a la abstención de actuar. Para guiar esa prudencia, Jonas proponía una "heurística del temor", un miedo reflexivo atento a las destrucciones posibles, aunque su ocurrencia parezca improbable. Si el avance tecnológico tiende a ocultar la cuestión ética y a borrar la frontera entre lo factible y lo permitido, una pregunta es dónde trazar límites en nombre del otro y de ese futuro para que sean posibles.

Para que esos límites no se reduzcan a una gestión tecnocrática de riesgos, Ricoeur propone examinar qué convicciones los sostienen. Para ello distingue entre las convicciones de trasfondo (*d'arrière-plan*), estables y ampliamente compartidas, y las convicciones de primer plano (*d'avant-plan*), movilizadas ante situaciones inéditas bajo el signo de la responsabilidad.

[7] El alcance ilimitado genera inconvenientes teóricos de los que Ricoeur da cuenta pero que exceden los intereses de este trabajo.

Las convicciones de trasfondo remiten a la clásica distinción kantiana entre personas, dotadas de dignidad y merecedoras de respeto, y cosas, dotadas de precio y manipulables. Representan el fondo estable y duradero de la condición humana frente a la crisis de los fundamentos. Sus variantes incluyen la negativa a sacrificar lo cualitativo en nombre de lo cuantitativo; el reconocimiento de la existencia de bienes que no son mercancías que se compran (tales como la salud, la amistad, la belleza, la libertad o la propia naturaleza); el cuestionamiento a la subordinación de la lógica instrumental; la adopción de reglas bioéticas (entre ellas, el respeto a la persona como ser único e irremplazable, el respecto al conocimiento, la responsabilidad de los/las investigadores y el rechazo al lucro y a la lógica de la eficacia); y la apelación a virtudes universalmente honradas y respetadas como el coraje, la honestidad, la fidelidad, la hospitalidad, la bondad, la misericordia, la tolerancia y la laicidad (1991, 6).

Las convicciones de primer plano, por su parte, son las convicciones que aparecen como respuestas nuevas -o reformulaciones de los antiguos imperativos- ante las situaciones inéditas que plantea el avance tecnológico y tienen como guía a la idea de responsabilidad. Frente a un panorama incierto, Ricoeur recupera la pregunta acerca de los criterios que sirven para juzgar y orientar la evolución tecnológica, cuestionando "¿Qué relación existe, en definitiva, entre la abundancia de bienes, la naturaleza de esos bienes y *lo que resulta bueno para el ser humano*, es decir, la satisfacción de sus necesidades materiales, sociales, culturales y espirituales?" (1991, 6 énfasis propio).

La noción de responsabilidad como la protección de lo perecedero confiado a nuestra custodia, que Ricoeur formula en base a los aportes de Jonas, se extiende a una diversidad de ámbitos de aplicación, que van desde la biosfera a la economía mundial y el desarrollo. La idea de una misión encomendada sirve de nexo entre todas las escalas en las que se emplea el concepto de responsabilidad y adquiere un sentido ético en la medida en que cada individuo se reconoce como autor de los cambios que la propia humanidad genera y que no pueden atribuirse a fuerzas ajenas a su control.

Ricoeur advierte, en este punto, sobre la trama que vincula a la responsabilidad con las convicciones morales y el compromiso político. Lo "trágico de la acción humana" se extiende a todos los ámbitos del obrar, en la medida en que las opciones de moderación, contención o incluso abstención de actuar son, en realidad, decisiones políticas. Aquí es, afirma Ricoeur, "donde reaparecen la negociación, los compromisos... y la complicidad" (1991, 9). Cuando las convicciones de primer plano se desconectan del llamado del otro y del compromiso hacia el futuro surgen, al menos, dos advertencias críticas frente a la

automatización. Por un lado, la invocación de la responsabilidad puede degradarse en una lógica de la obediencia funcional al productivismo y, por otro, una responsabilidad divorciada de la convicción degenera en eficacia a cualquier precio. La decisión de delegar decisiones humanas en sistemas algorítmicos, bajo la sola promesa de rapidez y rendimiento, encarnan justamente esas críticas.

III. *Si se callase el ruido* o de promesas y futuros en tiempos de IA

El imperativo de la responsabilidad propuesto por Ricoeur en el texto de 1991, y recuperado en la conferencia de 1993, reorienta la imagen clásica de la carga hacia una visión que pone en primer plano a la confianza: la fragilidad de nuestra propia humanidad, la necesidad de cuidar de nosotros mismos y de los seres con quienes cohabitamos este planeta, la condición de apertura del futuro cuentan con nosotros y esperan que nos hagamos responsables. Se trata de una promesa tácita que sella el vínculo entre la llamada de lo frágil y una respuesta responsable. Lo que está en juego, afirma Ricoeur, es

> el reconocimiento mutuo, que hace del otro, no un extraño, sino un semejante. Esta fundamental *similitud humana* es lo que hay que preservar en todos aquellos campos donde el hombre, al hacerse más poderoso que nunca, se ha hecho al mismo tiempo más peligroso para los demás hombres (1993, 77).

Ricoeur cierra el posfacio de 1991 examinando cómo, en las sociedades democráticas, convergen convicciones y responsabilidad. La responsabilidad, interiorizada como *sentimiento* de responsabilidad, conlleva un elemento de receptividad que remite a un horizonte de sentido, a un horizonte de obligación y de instauración y es allí donde aparecen y se enfrentan nuestras convicciones más profundas. Si la responsabilidad es un rasgo de lo humano, y por ello mismo, una tarea indelegable, las preguntas que surgen frente a este avance tecnológico, frente al aumento de la automatización y la instrumentalización de lo humano, no son simples preguntas. Ellas ponen también en juego nuestras convicciones, la forma en la que vemos la realidad y la relación con los demás, nuestra capacidad para proyectar un futuro. Desde esta perspectiva, podemos preguntarnos ¿qué nueva operación inaugura en nuestro mundo y nuestro presente esa preocupación que enlaza los riesgos tecnológicos con la vulnerabilidad y fragilidad de lo humano? ¿Qué visión de responsabilidad se promueve cuando decidimos correrno s de los lugares que nos hacen propiamente humanos? ¿Qué pasa con la llamada a un otro cuando lo que responde es una IA incapaz de mirar los

rostros, escuchar sus historias y reconocer sus heridas? ¿Qué potencia heurística tiene recuperar la responsabilidad como una misión confiada hacia los otros y hacia el futuro? En suma, ¿qué futuro estamos dispuestos a construir e imaginar hoy desde todos los ámbitos que nos definen como humanos?

Cierro este trabajo recuperando la idea del epígrafe de la canción de Ismael Serrano que invita a imaginarnos qué pasaría *si se callase el ruido*. Vivimos acelerados y sobrestimulados. Hay una disputa permanente por nuestra atención. La IA lo inunda todo y se apropia de todo. Si se callase el ruido, si nos diéramos la posibilidad de pensar por nosotros mismos y de no renunciar a aquello que nos hace propiamente humanos, quizás estemos en mejores condiciones para escuchar nuestras convicciones y podremos recuperar las preguntas, los matices e imaginar otros futuros posibles.

IV. Referencias bibliográficas:

- Ricœur, P. (1991). Postface. En F. Lenoir (Ed.), *Le temps de la responsabilité : Entretiens sur l'éthique* (249-270). Fayard.
- Ricœur, P. (1997). Poder, fragilidad y responsabilidad [1993]. *Cuaderno Gris*, 2, (75-78).
- Ricoeur, P. (2003). "El concepto de responsabilidad. Ensayo de un análisis semántico". *Lo Justo*. Caparros editores (49-74).
- Sadin, É. (2026). *El desierto de nosotros mismos. El giro intelectual y creativo de la inteligencia artificial*. Caja Negra.
- Serrano, I. (2007). Si se callase el ruido [Canción]. En *Sueños de un hombre despierto*. Universal Music Spain.